

Tiempo cumplido

(relato mesiánico)

Por Carlos Escudé i Carvajal

Najmán ben Abraham Avinu

[Nota del 10 de agosto de 2012 publicada en *El Liberal* de Buenos Aires]

Con la denuncia elevada ayer a la Justicia contra el ciudadano Carlos Escudé por presunta incitación a la violencia, ha quedado de manifiesto otra vez la impunidad en que se desenvuelve la sociedad argentina.

Por cierto, en 1992, poco después de renunciar a su cargo de asesor del ministro de Relaciones Exteriores Guido Di Tella, este sujeto publicó un artículo en el que proponía el terrorismo contra eventuales instalaciones petroleras del Reino Unido en el mar de Malvinas.¹ Desde la infausta aventura bélica de 1982, ningún miembro de un gobierno argentino se había atrevido a tanto.

La prescripción del delito, que quedará sin castigo, es escaso consuelo para quienes defendemos la paz en todos los ámbitos de las relaciones internacionales. Porque el texto denunciado incrimina a su autor y es educativo para la ciudadanía, El Liberal reproduce sus principales párrafos. Decía Escudé en 1992:

“Los riesgos naturales de toda inversión marítima son altos. Si se le suma una falta de acuerdo con Argentina, el riesgo es excesivo. Cientos de millones anclados en el fondo del mar pueden destruirse en un instante de locura. Ningún inversor va a poner su dinero allí si cree que una Argentina inamistosa ejercerá este poder de veto.

“Nuestro objetivo debe ser asegurarnos una participación equitativa en las operaciones y en el cobro de tributos a las empresas que extraigan petróleo en cualquier parte del mar de Malvinas. Para alcanzarlo, nuestros diplomáticos deben llegar al borde de la extorsión, declarando que si la Argentina queda excluida del botín, de algún telúrico rincón de nuestra tierra puede surgir el loco suicida que ponga la bomba. Esto tiene que decirse en voz alta, sin discreción diplomática. Debe llegar a la prensa internacional. Tiene que darles miedo a los inversores.

“Más aún, estas mismas líneas deben ser interpretadas por los británicos como parte de las negociaciones. Escritas desde fuera del Gobierno, son una advertencia de que cualquier intento de excluirnos de las ganancias conducirá a una campaña antibritánica que de hecho será un veto, ejercido ya no por el Estado sino por el pueblo, que no podrá ser controlado. Si adoptamos esta política, el único camino abierto al Reino Unido será el de convertirnos en socio igualitario de las explotaciones.”

El escándalo se desencadenó cuando Escudé dio una charla sobre las relaciones entre los intelectuales y el poder político, y no tuvo mejor idea que poner sobre el tapete su

¹ Véase “Un replanteo de la estrategia argentina respecto de Malvinas”, *América Latina/Internacional*, vol. 9:33, julio-septiembre de 1992, FLACSO Programa Argentina.

propia experiencia de vida. Para él, que siempre fue un perejil en los arrabales del *establishment*, el ejemplo era singularmente instructivo. Pero no faltó quien lo considerara escandalosamente provocador e incluso peligroso, particularmente porque provenía de un hombre al que el público tenía etiquetado como la antítesis de un nacionalista apasionado. Di Tella había intuido su disimulado fervor y fue por eso que en 1991 lo convocó a su gabinete. Pero para el gran público Escudé era un despreciable cipayo entreguista, capaz de gritar *God save the Queen* en un programa de Mariano Grondona justo antes de un partido de fútbol de nuestra selección contra los ingleses.

Aún antes de conocer la denuncia, nuestro sujeto estaba intensamente conmovido. La experiencia de revisar su pasado en público había sido fuerte. Escudé recordaba cuál había sido su postura en 1992, pero había perdido consciencia del extremismo de su retórica. Estaba repasando mentalmente el episodio cuando sonó el teléfono. Era Cristóbal Williams, su amigo neo-neoyorquino.

Cristóbal le comentó un film sobre Hitchcock basado en un cuento de Borges en el que éste tropieza, a los sesenta y un años, con la moribunda versión de sí mismo a los ochenta y cuatro. Escudé exclamó azorado, “¡Es lo que me pasó la semana pasada! Pero al revés: me encontré con mi espectro de hace diecinueve años. Todos los caminos conducen a Borges.”

En el intercambio, Escudé resumió para su amigo el sacudón que había sentido mientras leía ante su público varios textos fogosos, terribles, en los que se desgañitaba denunciando al poder. Recordó también la extraña paradoja de que la imagen que había quedado de él, forjada por la prensa, no fuera la de un nacionalista peligroso sino la de un vendepatria vil pero neutralizable. Al publicar un artículo como el citado, el sujeto había querido inmolarse. Se había expuesto a una condena a la cárcel, pero nadie había aceptado su sacrificio.

Todo lo contrario. Al renunciar a la Cancillería a mediados de 1992, nuestro sujeto había filtrado al diario *Clarín* un memorial. Allí había aconsejado una política de generosidad hacia los isleños respecto de las tierras, y una extrema dureza frente a los ingleses en lo que refiere a los derechos en el mar. Como en el artículo citado, Escudé aconsejaba apelar a la extorsión y al terrorismo. En su fuero íntimo razonaba que así lo hicieron siempre esas grandes potencias de Occidente que se presentan como ejemplos a ser imitados. ¡Para oponerse a los rusos en Afganistán, Estados Unidos había armado a Al Qaeda!

Pero *Clarín* prefirió no darse por enterado de la violenta propuesta. Reprodujo sólo la primera mitad del documento, en un artístico facsímile cuyo borde inferior era una línea quebrada que no permitía avanzar en la lectura. Y en el texto de la noticia, el periódico omitió informar sobre el extremismo anti-británico del memorial, y tituló la nota “Proponen que las Malvinas sean un Estado independiente”.² Por algún motivo que sólo Dios conoce, prefirió forjar una imagen entreguista de nuestro sujeto.

² *Clarín*, 2 de julio de 1992.

Rememorando ese episodio ya lejano, Escudé le dijo a Cristóbal: “Esto me remite a otro cuento de Borges, ‘Tres versiones de Judas’, donde el autor se escuda en la ficción para plasmar hipótesis teológicas. Ahora, con tu llamada, me percaté de que yo soy Judas en un sentido profundo, pero no como mero traidor sino como instrumento de algún propósito insondable de la Providencia.”

En cuanto interrumpió este exaltado y angustioso diálogo, nuestro sujeto comenzó a buscar afiebradamente entre sus apuntes, para recuperar la vivencia de aquel miércoles en que se había encontrado con su propio fantasma y su misteriosa misión. Intuía que estaba a punto de penetrar en un recóndito secreto divino a través de su propia y particular Revelación, inspirada por Dios y mediatizada por Borges, su Profeta. Por cierto, se decía a sí mismo, a veces la Palabra se proyecta más allá del Libro y se inscribe, codificada, en nuestro devenir, reverberando de maneras diversas en nuestras vidas.

Su vocación estaba clara. Había querido ser crucificado, pero a diferencia del nazareno que murió en la cruz, Dios no se lo había permitido. *Clarín* mediante, lo suyo se parecía al caso de nuestro patriarca Abraham, cuyo sacrificio supremo fue abortado por el Señor en el último instante.

Volvió entonces a las “Tres versiones de Judas”. Agitadamente se acercó a su biblioteca y agarró el primer tomo de las Obras Completas del Profeta. Dirigió sus temblequeantes dedos hacia *Ficciones*, página 514 de la edición de 1989. Hipnotizado, su vista se clavó en el texto.

El personaje, Nils Runeberg, era un teólogo audaz que coqueteaba con el escarnio y la locura. Su primera interpretación de Judas, que lo condenó al ostracismo en la provinciana universidad sueca de Lund, era similar a la del Evangelio de Judas (un hallazgo arqueológico muy posterior al cuento del Profeta). Runeberg observó *“que para identificar a un maestro que diariamente predicaba en la sinagoga y obraba milagros (...) no se requiere la traición de un apóstol. (...) Ergo, la traición de Judas no fue casual; fue un hecho prefijado que tiene un lugar misterioso en la economía de la redención.”*

Este no parecía ser el caso de nuestro sujeto. No le revelaba nada. Nerviosamente leyó el texto en diagonal hasta dar con la segunda versión. La condena social había llevado a Runeberg a revisar su tesis. Atormentado, éste había razonado que *“imputar el crimen de Judas a la codicia era resignarse al móvil más torpe. Por eso propuso el móvil contrario: un hiperbólico y hasta ilimitado ascetismo. El asceta, para mayor gloria de Dios envilece y mortifica la carne; Judas hizo lo propio con el espíritu. Renunció al honor, al bien, a la paz, al reino de los cielos, como otros, menos heroicamente, al placer. (...) Eligió aquellas culpas no visitadas por ninguna virtud: el abuso de confianza y la delación. Obró con gigantesca humildad, se creyó indigno de ser bueno.”*

Esta hipótesis deleitó a Escudé. Este Judas estaba más cerca de él. No hay destino más modesto que el del ascetismo moral del traidor, y nuestro sujeto compartía este sino. Pero todavía había grandes distancias, porque a diferencia de esta versión de Judas, la

intención de Escudé no había sido envilecerse sino sublevarse y, como castigo, padecer la cruz. Pero como un ángel exterminador, *Clarín* había tergiversado sus dichos y frustrado su objetivo, convirtiéndolo en traidor.

Nuestro sujeto pasó entonces a la tercera versión. Acosado por una sociedad que lo acusaba de sacrilegio y apostasía, Runeberg modificó por última vez su interpretación de Judas. Razonó que *“Dios se rebajó a ser hombre para la redención del género humano; cabe conjeturar que fue perfecto el sacrificio obrado por él (...). Limitar lo que padeció a la agonía de una tarde en la cruz es blasfematorio. (...) Dios totalmente se hizo hombre pero hombre hasta la infamia, hombre hasta la reprobación y el abismo. Para salvarnos, pudo elegir cualquiera de los destinos que traman la compleja red de la historia; pudo ser Alejandro o Pitágoras o Rurik o Jesús; eligió un ínfimo destino: fue Judas.”*

Leído este párrafo, el corazón de Escudé estalló en palpitaciones. Había comprendido el mensaje del Profeta. Nuestro sujeto no había pretendido ser un Judas sino un héroe que se inmolaba pero, desde un designio inescrutable, Dios lo había convertido en un símil-traidor, en un Judas.

Y Judas, no Jesús, había sido el verdadero Hijo de Dios hecho hombre, el Mesías ben José del que nos habla el Talmud (B. Suk., 52a, b), el predecesor del Mesías ben David que aún no nos ha visitado. Palabra de Profeta.

En un raptó de lucidez demencial nuestro sujeto comprendió que, al atar estos cabos, la razón-de-ser de su vida había sido consumada. Ya no le quedaba nada por cumplir como Escudé. De inmediato, llamó por teléfono a su *mohel* y se convirtió en Najmán ben Abraham Avinu. Decodificada la voluntad divina, había llegado su tiempo de redención.